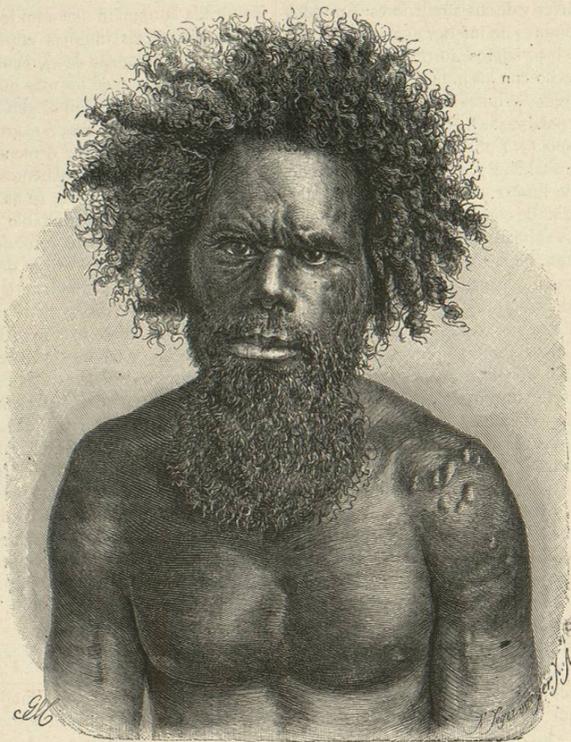


directa, manifestando que «allí en donde el país es yermo, el número de habitantes es escaso y ofrecen un aspecto miserable; y que allí donde el país es bueno, son proporcionalmente más numerosos, de mejor aspecto y más activos:» encuentra, además, que los individuos más enérgicos son, por regla general, los de color más claro, y al afirmar esto se refiere especialmente á las tribus sudafricanas. El hecho de que por lo general las mujeres no produzcan tan buena impresión como los hombres, lo atribuye el citado autor no sólo á que su existencia es más penosa y está más

llena de cuidados, sino también á que se alimentan peor.

La mala alimentación es un elemento que dificulta un desarrollo vigoroso. Como todos los pueblos que viven miserablemente y que están en un grado muy bajo de civilización, los australianos no poseen gran fuerza corporal, siendo superiores á ellos los europeos en lo que se refiere á saltar, correr y caminar: en cambio tienen gran habilidad para arrojar la lanza y en las luchas exterminadoras que contra ellos sostuvieron los ingleses, la destreza con que saben aprovecharse de todas sus fuerzas y aun de su color, creó grandes



Hombre de Nueva Gales del Sud (de una fotografía que posee el primer lugarteniente Bülow, en Berlín)

dificultades á los exterminadores. Las descripciones que poseemos difieren unas de otras en los detalles, pero las más de ellas son desfavorables; así por ejemplo los indígenas del río de los Cisnes no eran tan hábiles como un inglés en el ejercicio de arrojar la lanza, y algunos colonos jóvenes de Murray les aventajaban en la caza, en la pesca, en arrojar la lanza y en otros ejercicios. Sus marchas rara vez son rápidas, lo cual puede ser una consecuencia de su pereza. Sólo tienen de extraordinario, y en esto aventajan á los europeos, la finura de sus sentidos. Las mujeres y los niños nadan y se sumergen en el agua perfectamente, y sin embargo hay en la Australia occidental algunas tribus que no nadan y que carecen de canoas y de armadías.

Las enfermedades para las cuales demuestran especial predisposición son todas las de carácter escrofuloso, cuyo grado máximo lo constituyen principalmente la tuberculosis pulmonar, la *Tuberculosis mesenterica* y la hidrocefalia. La tumefacción de las glándulas del cuello, las enfermedades del hígado y la disenteria son frecuentes; el catarro pulmonar epidémico está también muy extendido: en cambio el saram-

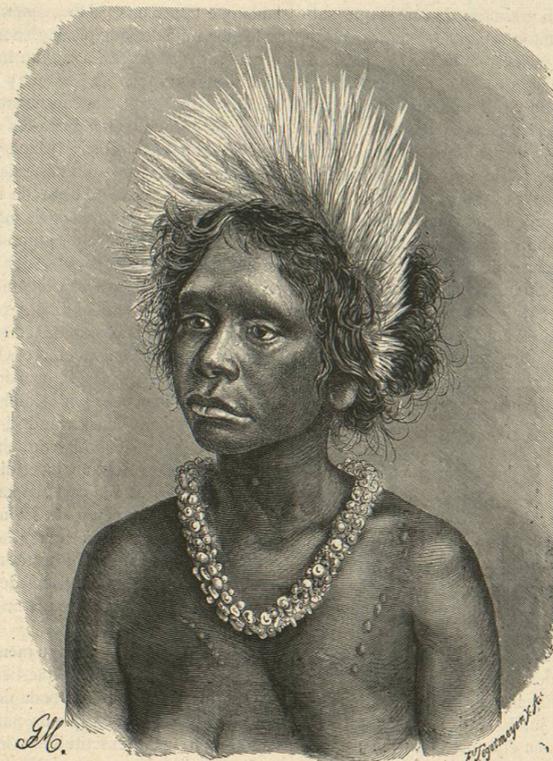
pión escarlatinoso y la escarlatina son enfermedades raras aun en las comarcas vecinas á aquellas en que los blancos padecen á menudo de ellas. Las viruelas han causado grandes estragos entre los indígenas, pero mayores los han producido las enfermedades venéreas. La infección casi general de los hombres ha sido uno de los principales obstáculos que se han opuesto á las tentativas hechas por las misiones del interior, del Cooper River, etc. En las misiones ha disminuído notablemente la mortalidad de esos indígenas, sin que á pesar de esto su existencia corporal acusase la misma vitalidad que la de los negros. Los ancianos no son raros en estos pueblos y si al calcular la vida media aparece realmente un número muy bajo, débese esto principalmente á la gran mortalidad de los niños. Grey vió pocos viejos enfermos y encontró que, dados el respeto y las comodidades con que generalmente se rodea en Australia á los ancianos (á estos se les permite, por ejemplo, gustar manjares que los jóvenes no pueden comer), la ancianidad es quizás allí el período más feliz de la vida.

Los mestizos de blancos y australianos se parecen en

cierto modo á los mestizos negros, es decir á los mulatos. Su número en Australia es considerable y su fuerza corporal y su habilidad han sido utilizadas especialmente en la custodia de los rebaños. Estos mestizos son fecundos; sin embargo carecemos de investigaciones exactas sobre este particular.

No sin cierta vacilación puede preguntarse á un pueblo dotado de tan malas condiciones de vida, por la existencia de aquellas cualidades intelectuales y morales para cuyo desarrollo son indispensables las más favorables circuns-

tancias externas. A fin de no dejarnos engañar por la apariencia de un enervamiento moral é intelectual, daremos más valor á las aptitudes que á lo que realmente ha conseguido un desarrollo. Ahora bien, la aptitud de los australianos, dada su existencia por regla general en alto grado nómada, ha producido una falta de fijeza muy funesta para todas sus demás cualidades. Algunos jóvenes australianos á quienes se ofrecía ocasión propicia para llevar una vida tranquila y cómoda, han vuelto, después de muchos años de una instrucción llena de felices resultados y de haberse



Una mujer de Nueva Gales del Sud (de una fotografía que posee el primer lugarteniente Balow, en Berlín)

al parecer acostumbrado á una existencia sedentaria y á una actividad regular, al estado salvaje, perdiendo al poco tiempo todas las conquistas de la civilización. En lo que se refiere á los trabajos manuales y al uso de instrumentos están á menudo á igual altura que los blancos, pero les falta la concentración de la voluntad y del pensamiento para una tarea determinada.

Se consideran notables en los australianos la finura de los sentidos, la facilidad de imitar las voces y el buen oído musical que con frecuencia en ellos se nota, cualidades todas que se adquieren y se practican en la vida salvaje. El australiano tiene en alto grado desarrolladas aquellas cualidades por medio de las cuales se explotan los dones espontáneos de la naturaleza. Pero es muy poco productivo este capital empleado en tales habilidades y en utensilios cuya utilidad es sólo de momento, pues de ellas no resulta ninguna conquista de civilización permanente, ningún elemento de cultura, nada en fin de lo que asegura al hombre

un apoyo sólido en la naturaleza. No puede tampoco afirmarse, por grandes que sean la perspicacia y la finura de los sentidos en esta existencia de acecho, investigación y pillaje, que una y otra alcancen entre los australianos un gran desarrollo, pues en esa balanza sirve de contrapeso la miseria que oprime el alma, siendo indudable que el australiano está muy por debajo del ideal de esta faz del hombre natural, es decir del indio norteamericano. También en esto influye el clima. El australiano vive bajo la presión de un clima extraordinariamente inseguro por lo que toca á la cualidad más importante para su alimentación, la humedad, viéndose muy á menudo azotado por la sed y por el hambre. El calor sofocante de estas comarcas de estepas, unido al inevitable y rápido descenso de la temperatura durante la noche, contribuyen asimismo á hacer más completo el embrutecimiento. Desde este punto de vista es digno de notarse que los australianos del Norte, en donde las condiciones climatológicas son mejores, aparecen más

inteligentes y más enérgicos que los del Sud, y al propio tiempo son más estables; lo cual es decir mucho. Véase cómo describe Hunter la vida diaria de los australianos meridionales, hablando de los del Sudeste: «Se acercan fijándose con atención cada vez mayor en los objetos que les rodean; al menor indicio de un animal de caza, las mujeres se arrojan al suelo y guardan un silencio absoluto: durante su marcha, recogen todos los comestibles y objetos útiles que caen en sus manos.» ¿Qué queda, pues, para el desenvolvimiento del espíritu? Si en nuestras detalladas investigaciones encontramos algo más de lo que podemos esperar, nos parecerá que estamos en presencia de ruinas que subsisten procedentes de un estado superior. Este estado de superioridad en parte lo vemos en el mismo país, es decir en el Norte de Australia, donde se nos aparecen reminiscencias de un grado de desarrollo melanesio y que en parte puede corresponder á tiempos remotos. «Nada nos demuestra mejor este hecho que la religión, en la cual se refleja todo á manera de ecos de ricos tiempos anteriores» (Waitz-Gerland).

Una larga vida sometida á tales influencias puede haber amortiguado algo de lo que antes existía. En tribus donde solamente un par de centenares de individuos han vivido unos junto á otros ¿dónde están las fuerzas que podrían obrar eficazmente sobre tales aptitudes? Algunas veces han conseguido los europeos, con el contacto de sus personalidades, hacer de los indígenas hombres excelentes, pero estos casos son muy raros en la historia de las relaciones de los europeos con los australianos nativos. En los tiempos modernos, puede emitirse, al parecer, un juicio más favorable sobre el carácter de los australianos. Recordaremos á este efecto al indígena y viajero australiano occidental Tommy Windich á quien debe especial gratitud la geografía, pues él fué quien acompañó sucesivamente á Hunt, Alejandro Forrest y Juan Forrest, viajeros que recorrieron la Australia occidental. Con el último de éstos, atravesó dos veces las vastas y desconocidas regiones del Oeste de Australia, desde Perth hasta Adelaide, y á él se debe el éxito de esos dos peligrosos viajes. Juan Forrest dice hablando de él: «Windich era un indígena capaz, poseía grandes conocimientos acerca del interior de Australia y era indudablemente el más inteligente bushman de la colonia. Su nombre era acogido con júbilo en cada choza y yo especialmente echo de menos en él á un antiguo y probado acompañante y amigo.» Burke y el mayor Mitchell hicieron favorables experimentos con guías australianos, habiéndolos encontrado el último más listos y más hábiles que algunos colonos blancos.

Las escuelas de las misiones nos han presentado siempre á los australianos como gentes de regulares dotes: en la lectura hacían notables progresos y también aprendían rápidamente á escribir. Más difícil era para ellos la contabilidad, lo cual se explica porque los indígenas carecen del elevado don del cálculo y les falta, además, expresión para los números elevados, siendo una rara excepción que los hijos de los indígenas progresen fácilmente en la aritmética. Al decir de los misioneros, tienen don de imitación sorprendente y poseen una superior memoria, pero sin profunda inteligencia: «en ellos cabalmente todo es mecánico.» Por esta razón se les ha podido instruir sin grandes dificultades en todas las manipulaciones sencillas, de modo que algunas estaciones de misioneros pudieron mantenerse por completo con el trabajo manual de sus discípulos en la tierra y en los talleres. En cambio, de estos indígenas convertidos han salido muy pocos de esos predicadores y maestros dotados de celo y de dotes suficientes, de que

tan numeroso contingente han proporcionado los indígenas africanos. A juzgarlos por los obstáculos que han encontrado las misiones y por los resultados que han obtenido, los pueblos de Australia no pueden ser comparados más que con los hotentotes del Sud de Africa.

Si toda ciencia es obra compuesta, según expresión apostólica, la de los australianos es obra doblemente fraccionada: poseen alguna cosa, pero lo poseen como fragmento que fácilmente va muriendo y disgregándose hasta perderse por completo. El idioma arroja á veces alguna luz sobre la noción natural de los indígenas; tal sucede con los de Adelaide que tienen una palabra genérica *paicha*, para expresar todos los animales que pican, denominando á las serpientes venenosas *tuu paicha*, á la gran hormiga negra *kerlto paicha*, al mosquito *kointa paicha*, y finalmente *paicha muru* á una sustancia con que envenenan á los peces dentro del agua. Tal sucede también con los dieyeris que además de tener palabras para el sol, la luna y las estrellas tienen expresiones especiales para la estrella de la tarde, para la Vía Láctea, para una estrella clara de invierno en el cielo septentrional, para dos estrellas de invierno en el cielo meridional, para una especie de grupo de estrellas de invierno en el Occidente semejante á una garra de águila, para el arco iris, para las estrellas cadentes, para el meridiano solar, para el Norte, para el Sud, y para la puesta y la salida del sol. Más aún; no sólo tienen nombres especiales para distintas constelaciones, como el Orión, las Híades y la Vía Láctea, sino que, además, se ocupan mucho de las mismas en sus mitos, llamando por ejemplo á Géminis «el hombre negro y su mujer,» considerando á cierta estrella roja como padre de Orión y siendo la constelación misma del Orión considerada en la Australia meridional como un grupo de jóvenes entregados á la caza del kanguro. Saben distinguir el tiempo por la posición de la luna. También dividen el cielo en ocho regiones celestes y dan á los vientos los nombres de las mismas. En los territorios occidentales encontramos indicios de una división del año que, si bien no se compone de meses, comprende seis estaciones con distintos nombres.

Lo más sorprendente son su memoria y su habilidad para orientarse: el conocimiento que tienen de los lugares es tan extraordinario que á una jornada de distancia indican exactamente la dirección en que un punto se encuentra, recordando con igual exactitud las localidades aunque sólo las hayan visitado una vez. Neumayer y Jung admiraron las rutas ó mapas primitivos que describían ó dibujaban en el polvo para explicar el camino que habían de seguir y Sturt refiere que indígenas que 14 años antes le habían visto sólo durante una ó dos horas, le reconocieron después de tanto tiempo. Análogos casos refieren otros viajeros.

Al lado de estos conocimientos prácticos, poca cosa ofrece la vida espiritual de los australianos. Taplin se ha tomado el trabajo de coleccionar las pocas tradiciones que entre los narrineris circulaban y que dan excelente idea de la vacuidad de su vida. Esta tribu cree haber descendido por el Murray y por el Darling antes de llegar á sus actuales residencias y se acuerda de cierta enfermedad asoladora que vino por el mismo camino antes de la llegada de los europeos. Algunos recuerdan el terror de que se sintieron poseídos á la llegada de Sturt á quien vieron flotar en su embarcación encima de las aguas del lago Alexandra. Recuerdan también la confusión que introdujeron en su campamento dos bueyes escapados de los territorios del Este y ante los cuales huyeron tomándolos por demonios. En 1840 varó en aquellas costas un buque cuyos naufragos en número de 25,

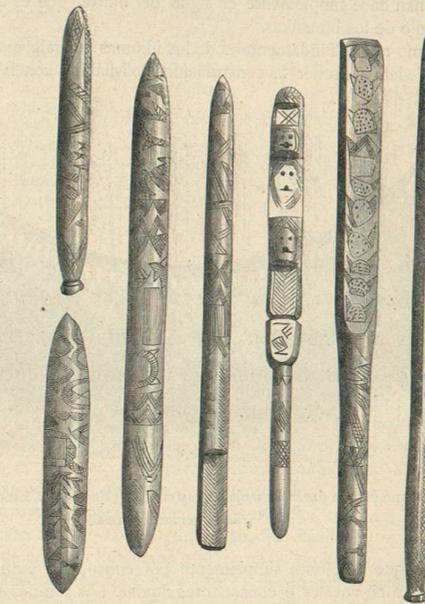
después de haberse confiado á ellos para que los guiaran, fueron asesinados. En castigo, los europeos dieron muerte á algunos. En 1844 asesinaron á un squater llamado Mc. Grath y más tarde tuvieron varias contiendas con la policía blanca. Tal es la historia de una sola tribu.

Esta pobreza de los conocimientos adquiridos por tradición indica que apenas podía ejercerse la fijación del pensamiento por medio de la escritura, y sin embargo es indudable que los australianos han hecho en el arte de escribir más progresos de lo que hace algunos años se creía. En 1879 decía Woods, el editor de la obra principal acerca de los sudafricanos: «Los australianos no conocen la escritura ni aun en la forma más ruda» y en 1880 se descubrieron los notables palos mensajeros con su escritura simbólica que contenían multitud de informaciones para los indígenas (véase el grabado de esta página) y que son un nuevo indicio de lo incompleto de los estudios etnográficos en el país australiano. Estos palos mensajeros tienen de 20 á 30 centímetros de largo y una pulgada de grueso; son redondos ó planos y en ellos se graban mensajes enteros por medio de figuras de hombres, animales, plantas, etc. También hay grabados párrafos de memorias (¿ó de conjuros?) en unos palos que se usan para la danza *Korroqory*. Pero lo más interesante es el hecho probado de que no son simples apariencias lo que se halla representado por esta escritura simbólica, sino que hay en ésta signos convencionales, muescas, líneas profundamente grabadas y otras cosas análogas que acusan algo más que una escritura simbólica. Los indígenas deben tener gran habilidad así para escribir como para leer estos jeroglíficos primitivos. Que esta escritura era de fácil inteligencia para los indígenas se desprende de una memoria de Juan Moore Davis, el cual refiere: «Uno de sus amigos que se había ausentado con sus rebaños del Edward River, fué instado á su regreso por un amigo para que aceptara una carta, un pedazo de madera cubierto de muescas y de líneas. Su padre, al recibirla, reunió á todos sus amigos indígenas y con gran sorpresa de los blancos presentes al acto leyó en aquel palo todos los sucesos ocurridos á la expedición desde el día en que partió del río Edward hasta el en que llegó á la estación novena. La naturaleza del país recorrido y todos los cuarteles de noche venían exactamente descritos.» Estos palos mensajeros han sido secretamente remitidos á los prisioneros para notificarles la trama de un complot para ponerles en libertad. También se los envían unas tribus á otras cuando se declaran enemigas. El palo sirve asimismo al mensajero de salvo conducto que le facilita paso franco por los territorios extranjeros. Los habitantes del río Dawson dan á estos palos el nombre de *ruatas*. Estos mensajes recorren á veces grandes distancias, así por ejemplo Bulmer vió uno de estos palos destinado á llevar noticias de los territorios en que confluyen el Murray y el Darling y que había llegado hasta Gipsland. Que en estos palos no se trata, como fácilmente se comprenderá, de interpretación de idioma sino de exposición de ideas, lo demuestra el hecho de que los leen y los entienden los individuos de muy distintas tribus.

Para el mismo objeto sirven otros signos más sencillos: las muescas en la superficie lisa de las cortezas de los árboles, los montones de piedra, un manojito de juncos indican caminos ó ramificaciones y señalan á las tropas últimamente llegadas la dirección emprendida por las que las han precedido. Las señales por medio del humo y del fuego son empleadas con mucha frecuencia: arrojar polvo es un signo de guerra. Entre algunas tribus la declaración de guerra se hace enviando un palo con plumas de emu, y en la Australia occidental una red de caña servía, según Eyre, para

acreditar á los mensajeros. Esta red recuerda la tan extendida escritura de nudos de que Kortum nos ofrece un ejemplo indudable de Cooktown.

Los signos hechos en las peñas, que en tan gran número y variedad encontramos en todos los puntos de Australia, tienen seguramente su significado y se relacionan en parte con la escritura simbólica. Esos signos reproducen no sólo animales, que por modo extraño presentan con mucha frecuencia un número excesivo de dedos, sino también hombres en todas posiciones y posturas á menudo junto con animales, lo cual hace referencia á la caza ó á la pesca. Citaremos, entre otros muchos, un ejemplo. En el alto Glenelg extiéndese una cadena de colinas que tiene varias cuevas: muchas de éstas están pintadas (las más de un color rojo amarillo) y en una se encuentra dibujado un pez de un



Palos mensajeros australianos con escritura simbólica (Museo para Etnografía, Berlín) $\frac{1}{3}$ de su verdadero tamaño

metro de largo. Pero lo más notable se ve en otras cuevas del mismo lugar: en la peña abrupta que sirve de techo á una de ellas hay pintada sobre fondo negro una figura blanca con los ojos amarillos, con los cabellos rojos, muy abultados y ensortijados, y con unas líneas de puntos blancos: lleva el cuerpo (no enteramente reproducido) un vestido en forma de túnica muy ceñido: en una pared lateral hay dibujadas cuatro cabezas, una encima de otra, con espesas cabelleras azules: en la cubierta superior aparece una figura elíptica en la que, sobre un fondo amarillo de oro con puntos encarnados dividido por una faja blanca transversal, hay un kanguro encarnado junto á dos puntas de flecha de las cuales la una, provista de dos bolitas, mira al animal y la otra se escapa de él: al lado hay dibujado con perfiles rojos un hombre que lleva un kanguro encarnado y á cuyo lado figuran imágenes feas de otros animales y hombres. En la segunda cueva hay grabada una cabeza colosal; en otra y como figura principal se ve en el techo la de un hombre vestido con un ropaje talar de color rojo con